

La Constitución del 91 y su relato esperanzador

Por: Juan Camilo Aljuri Pimiento

Publicado originalmente el 5 de octubre de 2021 en fmyc.org

Enseñar la historia reciente de Colombia tiene sus dificultades, sobre todo, porque está marcado por la extrema violencia, el odio, la injusticia y la desesperanza de sentir que nada puede mejorar. Hace treinta años se dieron una serie de sucesos que desencadenaron en la publicación de una nueva Constitución Política para Colombia y con ella, un relato de esperanza que no debemos dejar olvidar.

En la Fundación Memoria y Ciudadanía decidimos trabajar en la realización de un currículo para la clase de historia (o de ciencias sociales, según algunos colegios) para los grados noveno, décimo y undécimo. Este, estaría basado en el ciclo de aprendizaje de Facing History and Ourselves, que nos permitía comenzar por quiénes somos, pasar por el análisis sobre la sociedad en la que vivimos y cómo impacta nuestra identidad, para luego sí, hablar de un núcleo histórico particular (hay otros dos momentos después en el ciclo: el legado del núcleo histórico estudiado y “decidiendo participar”).

Para grado noveno, la historia que se enseña es la del Holocausto. Así, se revisa la República de Weimar y el ascenso del nazismo al poder, para posteriormente llegar al Holocausto. Para grado décimo nos pusimos a la tarea de hablar sobre la historia reciente del conflicto armado en Colombia y eso abre una serie de preguntas naturales a la hora de tratar de escoger cómo enmarcar en un período histórico.

Así, dimos varias discusiones sobre qué fecha utilizar como punto de partida. Y no es fácil escoger porque hay opciones válidas que aportan de manera diferente a la explicación: en 1946 regresan los conservadores al poder con sus retaliaciones violentas; en 1948 asesinan a Jorge Eliécer Gaitán, la violencia se extiende de Bogotá a varios lugares del país y se conforman las guerrillas liberales; en 1957 se forman las cuadrillas de bandoleros con el rezago de las guerrillas que perdieron el apoyo político; en 1958 comienza el Frente Nacional; hacia 1964 se fundan las primeras guerrillas modernas.

Al mismo tiempo nos preguntábamos en qué fechas finalizar el currículo. La discusión se centró en si terminar en el presente, a la coyuntura de los diálogos de paz entre el gobierno nacional y la guerrilla de las FARC-EP. Recuerdo que uno de mis argumentos para no llegar hasta ese momento era el conflicto que aún se vive en gran parte del país: por un lado, me parecía un riesgo innecesario para los y las docentes y por otro, podría generar que se desaprovechara parte del currículo.

La pista para escoger el período a trabajar nos la dio una discusión sobre la democracia: decidimos comenzar con el Frente Nacional como ejemplo por antonomasia de los riesgos que la democracia

colombiana vivió, donde los dos partidos tradicionales se alternaron el poder político para evitar más brotes de violencia que ellos mismos habían generado en primer lugar.

Y para terminar, no debíamos llegar hasta el presente, sino más bien, tomar el proceso que dio como resultado la publicación de la Constitución Política de 1991, donde jóvenes estudiantes promovieron el voto de la séptima papeleta, que llamó la necesidad de una asamblea nacional constituyente. Así, la historia del conflicto armado en Colombia se relacionaba con su telón de fondo: la democracia.

Pero cerrar con la Constitución tiene otros propósitos que no debemos dejar escapar y que es importante recordar en otros procesos pedagógicos sobre la historia de Colombia: hay un relato de esperanza en ella. Es una forma de explicar cómo la participación política consigue cambios y que los elementos que parecen monolíticos, como la política y las constituciones, no necesariamente lo son. No son inamovibles. No son definitivos. No son perpetuos.

Además, es un relato de esperanza porque nos habla de los jóvenes y nada más pertinente y actual que esto o, ¿acaso no queremos cómo los y las jóvenes hoy, desde las calles, nos piden por sus derechos? Lo hacen pacíficamente durante el día en marchas nacionales. También de manera violenta en las noches, hartos de no ver cambios reales.

Parte de lo que las escuelas deberían ofrecer a los jóvenes y más chicos, son los relatos de esperanza y cambio real que han ocurrido en el mundo y su país y sus contextos cercanos. Luego, deberían apelar a la creatividad de estos estudiantes para que se imaginen posibilidades de cambio, a comprender los problemas, a ver sus partes constitutivas y proponer posibilidades de solución, por difíciles e imposibles que parezcan.

No somos los adultos quienes podamos hacer los cambios que el mundo requiere: no lo hicimos. Pero sí podemos proponer unas pedagogías del cambio que ojalá, consigan que ellos y ellas en formación, porque de ellos y ellas es el mundo que viene.